

cionador. Se dice, y es cierto, que la gente está desencantada, desilusionada. Pero esto se produce como consecuencia de que antes se concibieron falsas y excesivas ilusiones. Yo, que he vivido tantos años fuera, puedo decirle que la realidad de nuestro país no es tan excesivamente mala como algunos se empeñan en sostener. Tenemos problemas, claro, pero alguno de ellos, como el del terrorismo, es un fenómeno a escala mundial. Hubiera sido igual con Franco —en realidad el terrorismo de nuevo estilo comenzó bajo su poder—, e incluso peor, porque es posible que los terroristas hubieran encontrado muchas más simpatías en grandes sectores de la sociedad que se sentían oprimidos por la dictadura. Hay que tener en cuenta también que la transición política se está efectuando en medio de una crisis económica generalizada. Estos son datos reales, y entonces hay que moverse con sensatez y realismo. A partir de ahí yo tengo la esperanza puesta en la construcción de una sociedad en la que sean posibles las mayores cantidades de libertad, pero sin perder de vista un mínimo de orden, de reglas de juego compartidas.

OFICIO DE ESCRIBIR

—Volviendo a lo literario, Ayala. Una de las constantes de su obra es la reiterada inclusión de citas y referencias procedentes de



Francisco Ayala.
Un escritor polifacético.

otros textos. ¿Afán culturalista? ¿Deseo de establecer una cierta complicidad con el lector?

—Bien, yo pienso, como Eliot, que la literatura, en última instancia, es un fenómeno global e interrelacionado, de tal suerte que “ca-

da nueva obra altera y se relaciona con la literatura en su conjunto”. En esa misma medida no tengo reparos en utilizar materiales ya elaborados, sin descontar esa complicidad con el lector a que usted se refería. De manera que si la persona que me lee es culta podrá obtener un enriquecimiento del texto que le ofrezco al serle posible compartir nuevas claves que le voy dando, y, en caso contrario, la lectura, acaso menos sofisticada, será igualmente posible.

—Pienso, en definitiva, que en el arte de escribir, igual que en el otro de conversar, que por desgracia se va perdiendo, conviene introducir todo tipo de elementos que sirvan para enriquecerlo.

—Como punto final: ¿sigue trabajando Francisco Ayala en su oficio de escritor? Y si es así, ¿qué prepara en estos momentos?

—Bien, sigo trabajando, aunque con cierta medida. Yo, afortunadamente, estoy teniendo una vejez apacible y llevadera, pero los años, con todo, se notan.

—Preparo, en estos momentos, reediciones de obra ya publicada. Y trabajo, aunque esto yo no sé si merecerá la pena decirlo, en unas Memorias que aparecerán seguramente después de mi muerte. Pero se trata de algo que voy haciendo sin excesiva prisa, tranquilamente, porque, oiga, desde mis años, las cosas se ven quizá con una distancia beneficiosa y relajante. ●

Antonio Suárez

Elogio desmedido de...

Gloria Fuertes

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Gloria Fuertes es un hermoso disparate de mujer. Nació en Madrid a los dos días de edad, pues, como ella cuenta, fue muy laborioso el parto de su madre. Siguiendo con su nota biográfica, el lector se enterará de que, a los nueve años, la pilló un carro, a los catorce, la guerra (quiso ir a pararla, pero no la dejaron), y luego le pillaron los amores, las catástrofes y las oficinas.

Cuando la conocí, se dedicaba ya a la enseñanza, pero bien, pues ella, sentimentalota y optimista, es capaz de enseñarlo todo: **tápate, Glorita, tápate / que los sentimientos se te ven**. A esta mujer le apasiona reunirse con los amigos, pirrarse por alguien como una ballena retozona, andar por los barrios periféricos para escuchar canciones desastrosas, escribir para niños y para no tan niños, y también —y sobre todo— ir al circo.

A propósito del circo: una vez, creo que fue en Santander, Gloria se sacó un asiento de primera fila de pista, y consiguió, quién sabrá cómo, que un elefante se le cagara en-

cima. Debió ser algo tremendo, pues el empresario le compró a Gloria un traje y unos zapatos nuevos, ya que la enorme deyección elefantíaca era, además, corrosiva.

Los poemas de Gloria Fuertes son directos, desaliñados, tiernos, canallas. Es cierto que tiene el corazón como un piano viejo y algo desafinado, y por eso le gusta la gente, los ambientes populares, la procacidad bien entendida, que empieza por ella misma y, sobre todo, el campo, el puto campo, el cabrón del campo.

Una vez nos invitó a Caballero Bonald, a los Celaya, a Ton y a mí, a pasar una tarde en Chozas de la Sierra u Hoyo de Don Fadrique, o como se llame el tal sitio, y la cosa resultó de lo mejor. Una de sus amigas nos preparó una merienda-cena que duró hasta el día siguiente, otra amiga cortó leña sin parar para calentar la reunión alrededor de la chimenea, otra se ocupó de los vinos y el café. Yo me hubiese quedado allí, carajo, pero Caballero Bonald opinó, a las siete de la maña-

na, que en aquella casa no venderíamos una escoba, y que no teníamos más remedio que irnos.

En la poesía de posguerra, los poemas y canciones de Gloria Fuertes fueron explosiones de alegría, atentados de esperanza en medio de tanto gesto hosco, de tanto brazo en alto y de tanta cabronada difusa.

Es muy cierto lo que Gloria dice de sí misma, y que es válido también para otras personas que conozco: “Vivo pobre. Duermo en casa. Viajo en Metro. Ceno caldo y un huevo frito, para que luego digan. Compró libros de viejo. Me meto en las tabernas, me cuelo en los teatros, y en los saldos me visto. Hago una vida extraña”.

Gloria, chica mía, que el Niño Jesús te conserve así, alegre, calentorra, buena como una tostada, respondona, insolente. Y si el tal Niño te deja de su mano, como suele, y te pones metafísica y triste, prueba otra vez tu antiguo remedio: pláncate la bufanda, y a otra cosa, pisate la tristeza, y a triunfar. ●